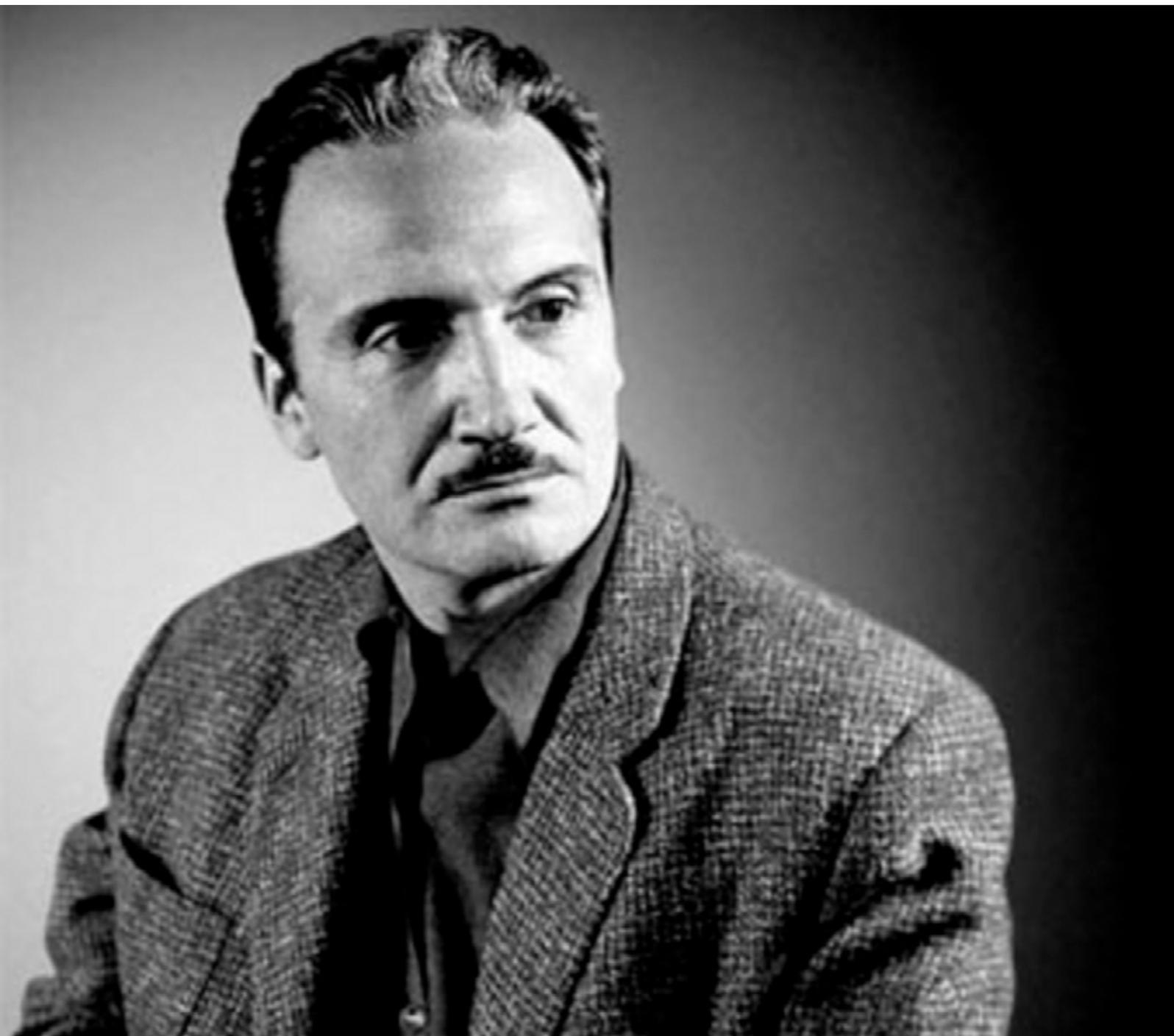


QUIPU VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - N° 150 14/4/2023

LOS RIOS PROFUNDOS DE ARGUEDAS



LOS RÍOS PROFUNDOS DE ARGUEDAS

El reciente IX Congreso Internacional de la Lengua Española ha permitido una nueva edición de *Los ríos profundos*, la novela más importante de José María Arguedas (Andahuaylas, 1911-Lima, 1969). Publicada originalmente en 1958 por la editorial Losada, en Buenos Aires, aparece ahora -impresa en Barcelona- en la colección de *Ediciones conmemorativas* de la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española, bajo el sello Alfaguara. La edición viene acompañada de «un conjunto de estudios monográficos y breves ensayos» de Mario Vargas Llosa («José María Arguedas»), Sergio Ramírez («El cauce mágico de *Los ríos profundos*»), Santiago Muñoz Machado («El ideal de la diversidad»), Marco Martos («Modernidad y tradición en *Los ríos profundos*»), Ricardo González Vigil («Transculturación de la novela de aprendizaje»), Alonso Cueto («*Los ríos profundos*. Una geografía de la intimidad»), Françoise Perus («¡No, José María Arguedas no vivió en vano...!») y Rodolfo Cerrón-Palomino («El corpus léxico nativo de *Los ríos profundos* de Arguedas»). Aquí, un fragmento del primer capítulo de la obra maestra del ya clásico autor peruano

EL VIEJO

Infundía respeto, a pesar de su anticuada y sucia apariencia. Las personas principales del Cuzco lo saludaban seriamente. Llevaba siempre un bastón con puño de oro; su sombrero, de angosta ala, le daba un poco de sombra sobre la frente. Era incómodo acompañarlo, porque se arrodillaba frente a todas las iglesias y capillas y se quitaba el sombrero en forma llamativa cuando saludaba a los frailes.

Mi padre lo odiaba. Había trabajado como escribiente en las haciendas del Viejo: «Desde las cumbres grita, con voz de condenado, advirtiéndome a sus indios que él está en todas partes. Almacena las frutas de las huertas, y las deja pudrir; cree que valen muy poco para traerlas a vender al Cuzco o llevarlas a Abancay y que cuestan demasiado para dejárselas a los colonos. ¡Irá al infierno!», decía de él mi padre.

Eran parientes, y se odiaban. Sin embargo, un extraño proyecto concibió mi padre, pensando en este hombre. Y aunque me dijo que viajábamos a Abancay, nos dirigimos al Cuzco, desde un lejísimo pueblo. Según mi padre, íbamos de paso. Yo vine anhelante, por llegar a la gran ciudad. Y conocí al Viejo en una ocasión inolvidable.

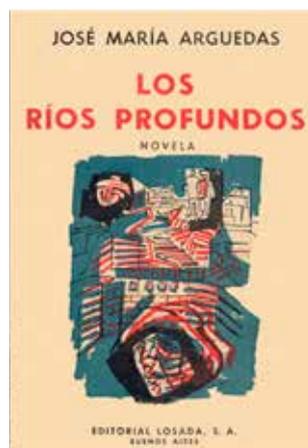
Entramos al Cuzco de noche. La estación del ferrocarril y la ancha avenida por la que avanzábamos lentamente, a pie, me sorprendieron. El alumbrado eléctrico era más débil que el de algunos pueblos pequeños que conocía. Verjas de madera o de acero defendían jardines y casas modernas. El Cuzco de mi padre, el que me había descrito quizá mil veces, no podía ser ese.

Mi padre iba escondiéndose junto a las paredes, en la sombra. El Cuzco era su ciudad nativa y no quería que lo reconocieran. Debíamos de tener apariencia de fugitivos, pero no veníamos derrotados sino a realizar un gran proyecto.

—Lo obligaré. ¡Puedo hundirlo! —había dicho mi padre. Se refería al Viejo. Cuando llegamos a las calles angostas, mi padre marchó detrás de mí y de los cargadores que llevaban nuestro equipaje.

Aparecieron los balcones tallados, las portadas imponentes y armoniosas, la perspectiva de las calles ondulantes, en la ladera de la montaña. Pero ¿ni un muro antiguo!

Esos balcones salientes, las portadas de piedra y los za-



guanes tallados, los grandes patios con arcos, los conocía. Los había visto bajo el sol de Huamanga. Yo escudriñaba las calles buscando muros incaicos.

—¡Mira al frente! —me dijo mi padre—. Fue el palacio de un inca.

Cuando mi padre señaló el muro, me detuve. Era oscuro, áspero; atraía con su faz recostada. La pared blanca del segundo piso empezaba en línea recta sobre el muro.

—Lo verás, tranquilo, más tarde. Alcance-mos al Viejo —me dijo.

Habíamos llegado a la casa del Viejo. Estaba en la calle del muro inca.

Entramos al primer patio. Lo rodeaba un corredor de columnas y arcos de piedra que sostenían el segundo piso, también de arcos, pero más delgados. Focos opacos dejaban ver las formas del patio, todo silencioso. Llamó mi padre. Bajó del segundo piso un mestizo, y después un indio. La escalinata no era ancha para la vastedad del patio y de los corredores.

El mestizo llevaba una lámpara y nos guió al segundo patio. No tenía arcos ni segundo piso, solo un corredor de columnas de madera. Estaba oscuro; no había allí alumbrado eléctrico. Vimos lámparas en el interior de algunos cuartos. Conversaban en voz alta en las habitaciones. Debían ser piezas de alquiler. El Viejo residía en la más grande de sus haciendas del Apurímac; venía a la ciudad de vez en cuando, por sus negocios o para las fiestas. Algunos inquilinos salieron a vernos pasar.

Un árbol de cedrón perfumaba el patio, a pesar de que era bajo y de ramas escuálidas. El pequeño árbol mostraba trozos blancos en el tallo; los niños debían de martirizarlo.

El indio cargó los bultos de mi padre y el mío. Yo lo había examinado atentamente porque suponía que era el pongo. El pantalón, muy ceñido, solo le abrigaba hasta las rodillas. Estaba descalzo; sus piernas desnudas mostraban los músculos en paquetes duros que brillaban. «El Viejo lo obligará a que se lave, en el Cuzco», pensé. Su figura tenía apariencia frágil; era espigado, no alto. Se veía, por los bordes, la armazón de paja de su montera. No nos miró. Bajo el ala de la montera pude observar su nariz aguileña, sus ojos hundidos, los tendones resaltantes del cuello. La expresión del mestizo era, en cambio, casi insolente. Vestía de montar.

Nos llevaron al tercer patio, que ya no tenía corredores. Sentí olor a muladar allí. Pero la imagen del muro incaico y el olor a cedrón seguían animándome.

—¿Aquí? —preguntó mi padre.

—El caballero ha dicho. Él ha escogido —contestó el mestizo. Abrió con el pie una puerta. Mi padre pagó a los cargadores y los despidió.

—Dile al caballero que voy, que iré a su dormitorio enseguida. ¡Es urgente! —ordenó mi padre al mestizo.

Este puso la lámpara sobre un poyo, en el cuarto. Iba a decir algo, pero mi padre lo miró con expresión autoritaria, y el hombre obedeció. Nos quedamos solos.

—¡Es una cocina! ¡Estamos en el patio de las bestias! —exclamó mi padre.

Me tomé del brazo.

—Es la cocina de los arrieros —me dijo—. Nos iremos mañana mismo, hacia Abancay. No vayas a llorar. ¡Yo no he de condenarme por exprimir a un maldito!

Sentí que su voz se ahogaba, y lo abracé.

—¡Estamos en el Cuzco! —le dije.

—¡Por eso, por eso!

Salió. Lo seguí hasta la puerta.

—Espérame, o anda a ver el muro —me dijo—. Tengo que hablar con el Viejo, ahora mismo.

Cruzó el patio, muy rápido, como si hubiera luz.

Era una cocina para indios el cuarto que nos dieron. Manchas de hollín subían al techo desde la esquina donde había una *tullpa* indígena, un fogón de piedras. Poyos de adobes rodeaban la habitación. Un catre de madera tallada, con una especie de techo, de tela roja, perturbaba la humildad de la cocina. La manta de seda verde, sin mancha, que cubría la cama, exaltaba el contraste. «¡El Viejo! —pensé—. ¡Así nos recibe!».

Yo no me sentía mal en esa habitación. Era muy parecida a la cocina en que me obligaron a vivir en mi infancia; al cuarto oscuro donde recibí los cuidados, la música, los cantos y el dulcísimo hablar de las sirvientas indias y de los «concertados». Pero ese catre tallado ¿qué significaba? La escandalosa alma del Viejo, su locura por ofender al recién llegado, al pariente trotamundos que se atrevía a regresar. Nosotros no lo necesitábamos. ¿Por qué mi padre venía donde él? ¿Por qué pretendía hundirlo? Habría sido mejor dejarlo que siguiera pudriéndose a causa de sus pecados.

Ya prevenido, el Viejo eligió una forma certera de ofender a mi padre. ¡Nos iremos a la madrugada! Por la pampa de Anta. Estaba previsto. Corrí a ver el muro.

Formaba esquina. Avanzaba a lo largo de una calle ancha y continuaba en otra angosta y más oscura, que olía a orines. Esa angosta calle escalaba la ladera. Caminé frente al muro, piedra tras piedra. Me alejaba unos pasos, lo contemplaba y volvía a acercarme. Toqué las piedras con mis manos; seguí la línea ondulante, imprevisible, como la de los ríos, en que se juntan los bloques de roca. En la oscura calle, en el silencio, el muro parecía vivo; sobre la palma de mis manos llameaba la juntura de las piedras que había tocado.

No pasó nadie por esa calle durante largo rato. Pero cuando miraba, agachado, una de las piedras, apareció un hombre por la bocacalle de arriba. Me puse de pie. Enfrente había una alta pared de adobes, semiderruida. Me arrimé a ella. El hombre orinó, en media calle, y después siguió caminando. «Ha de desaparecer —pensé—. Ha de hundirse». No porque orinara, sino porque contuvo el paso y parecía que luchaba contra la sombra del muro; aguardaba instantes, completamente oculto en la oscuridad que brotaba de las piedras. Me alcanzó y siguió de largo siempre con esfuerzo. Llegó a la esquina iluminada y volteó. Debí de ser un borracho.

No perturbó su paso el examen que hacía del muro, la corriente que entre él y yo iba formándose. Mi padre me había hablado de su ciudad nativa, de los palacios y templos, y de las plazas, durante los viajes que hicimos, cruzando el Perú de los Andes, de oriente a occidente y de sur a norte. Yo había crecido en esos viajes.

Cuando mi padre hacía frente a sus enemigos, y más, cuando contemplaba de pie las montañas, desde las plazas

de los pueblos, y parecía que de sus ojos azules iban a brotar ríos de lágrimas que él contenía siempre, como con una máscara, yo meditaba en el Cuzco. Sabía que al fin llegaríamos a la gran ciudad. «¡Será para un bien eterno!», exclamó mi padre una tarde, en Pampas, donde estuvimos cercados por el odio.

Eran más grandes y extrañas de cuanto había imaginado las piedras del muro incaico; bullían bajo el segundo piso encalado, que por el lado de la calle angosta, era ciego. Me acordé, entonces, de las

canciones quechuas que repiten una frase patética constante: *'yawar mayu'*, 'rio de sangre'; *'yawar unu'*, 'agua sangrienta'; *'puk'tik' yawar k'ocha'*, 'lago de sangre que hierve'; *'yawar wek'e'*, 'lágrimas de sangre'. ¿Acaso no podría decirse *'yawar numi'*, 'piedra de sangre', o *'puk'tik' yawar numi'*, 'piedra de sangre hirviente'? Era estático el muro, pero hervía por todas sus líneas y la superficie era cambiante, como la de los ríos en el verano, que tienen una cima así, hacia el centro del caudal, que es la zona temible, la más poderosa. Los indios llaman *'yawar mayu'* a esos ríos turbios, porque muestran con el sol un brillo en movimiento, semejante al de la sangre. También llaman *'yawar mayu'* al tiempo violento de las danzas guerreras, al momento en que los bailarines luchan.

—¡*Puk'tik' yawar numi!* —exclamé frente al muro, en voz alta.

Y como la calle seguía en silencio, repetí la frase varias veces.

Mi padre llegó en ese instante a la esquina. Oyó mi voz y avanzó por la calle angosta.

—El Viejo ha clamado y me ha pedido perdón —dijo—. Pero sé que es un cocodrilo. Nos iremos mañana. Dice que todas las habitaciones del primer patio están llenas de muebles, de costales y de cachivaches; que ha hecho bajar para mí la gran cuja de su padre. Son cuentos. Pero yo soy cristiano, y tendremos que oír misa, al amanecer, con el Viejo, en la catedral. Nos iremos enseguida. No veníamos al Cuzco; estamos de paso a Abancay. Seguiremos viaje. Este es el palacio de Inca Roca. La Plaza de Armas está cerca. Vamos despacio. Iremos también a ver el templo de Acllahuasi. El Cuzco está igual. Siguen orinando aquí los borrachos y los transeúntes. Más tarde habrá aquí otras fetideces... Mejor es el recuerdo. Vamos.

—Dejemos que el Viejo se condene —le dije.

¿Alguien vive en este palacio de Inca Roca?

—Desde la Conquista.

—¿Viven?

—¿No has visto los balcones?

La construcción colonial, suspendida sobre la muralla, tenía la apariencia de un segundo piso. Me había olvidado de ella. En la calle angosta, la pared española, blanqueada, no parecía servir sino para dar luz al muro.

—Papá —le dije—. Cada piedra habla. Esperemos un instante.

—No oiremos nada. No es que hablan. Estás confundido. Se trasladan a tu mente y desde allí te inquietan.

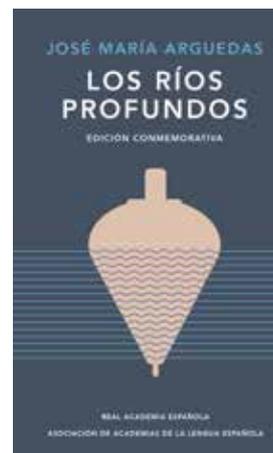
—Cada piedra es diferente. No están cortadas. Se están moviendo.

Me tomé del brazo.

—Dan la impresión de moverse porque son desiguales, más que las piedras de los campos. Es que los incas convertían en barro la piedra. Te lo dije muchas veces.

—Papá, parece que caminan, que se revuelven, y están quietas.

Abracé a mi padre. Apoyándome en su pecho contemplé nuevamente el muro.





Brus Rubio Churay. *Danza de la abeja*

UNA DÉCADA DE PArC

En abril de 2013, hace justo diez años, la feria *Perú Arte Contemporáneo PArC*, cuyo principal animador es el coleccionista argentino Diego Costa Peuser, abrió por vez primera sus puertas en Lima, con el concurso de unas cuarenta galerías limeñas y de otras ciudades del continente, que presentaron las por entonces últimas propuestas de sus creadores en los campos de las artes plásticas, el video, la instalación y el diseño. Una década más tarde, luego de sucesivas ediciones y de los conocidos sobresaltos producidos a raíz de la pandemia, la feria, con un ambicioso programa, vuelve a realizarse este año en la Casa Prado, en el distrito de Miraflores, del 19 al 23 de abril próximo.

Cuarenta y cinco galerías de diversos países participarán ahora en las distintas secciones de *Pinta PArC* que, en total, acogerá obras de cerca de doscientos artistas, entre peruanos y extranjeros. Son de la partida, entre otras, la emergente galería *Puro* de La Paz, las galerías *Elvira Moreno* y *LGM* de Bogotá, *Daniel Cuevas* y *Espacio Mínimo* de Madrid, *Pedro Cera* de Lisboa y *Vermelho* de São Paulo. Entre los curadores presentes figuran la bonaerense Florencia Battiti y los peruanos Miguel A. López, Florencia Portocarrero, Max Hernández Calvo, a cargo del Jardín de Esculturas, y Gredna Landolt, quien se ocupa de la sección «Ojos que no ven» dedicada al arte de la Amazonía.

Precisamente sobre esta última sección, Costa Pauser ha destacado, en una entrevista en el diario *El Comercio* de Lima, el creciente interés que despierta, tanto en colecciones museográficas como particulares. Podrán apreciarse en esta ocasión obras de artistas amazónicos como Santiago y Rember Yahuarcani, Chonon Bensho, Brus Rubio Churay, Elena Valera, Roldán Pinedo, Gerardo Petasín, Lastenia Canayo, Frank Soria y Dimas Paredes, así como de las ceramistas Julia Apikay, Luzmila KajeKuy, Emérita Chuin, Florencia Flores Flores, Delia Rengifio, y Gloria Amasifuen.

AGENDA

QUIPU VIRTUAL



CIENTO CINCUENTA NUDOS

Este boletín de cultura peruana apareció el viernes 5 de junio de 2020, en los trágicos días del coronavirus, cuando el aislamiento y el desánimo marcaban la rutina. Desde entonces, hace ciento cincuenta viernes, no ha dejado de aparecer, lo que significa que suma ahora ciento cincuenta números, con seiscientas páginas virtuales. La ocasión es propicia para reiterar el agradecimiento a sus numerosos colaboradores, cuya generosidad lo enriquece puntualmente. La gratitud se multiplica ante la pareja de amigos fraternales que lo revisa desde su primera entrega, y al reducido equipo que apoya a su editor. El QUIPU VIRTUAL es difundido por las misiones diplomáticas del Perú en el ancho mundo y ve, complacido, cómo va multiplicándose su audiencia, gracias a los lectores que lo comparten en el tejido cibernético. El boletín, huelga decirlo, halla su fuente inspiradora en el patrimonio histórico y la diversidad de nuestra cultura, cargada de tantas expresiones que, a su modo, se van afirmando, alimentando y enlazando en un proceso indetenible.



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES
DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES



CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
Ministerio de Relaciones Exteriores
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@rree.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe